

perfiles de metro

Ángel Silva Ruiz

Pablo vive obsesionado con una mujer con la que coincide en el metro a primera hora; desconoce que anda tras él desde párvulos, pero las indecisiones, sus diferentes perspectivas y los cambios que han sufrido con el devenir del tiempo hacen que ahora jueguen al gato y al ratón. En ocasiones, un palmo es una distancia insalvable.

1

Como cada mañana he sido de los últimos pasajeros en subir al vagón saltando sobre la sirena, como si tomáramos al abordaje una nave a la que nadie quiere conquistar. Y como cada mañana la he visto sentada en el mismo sitio de siempre, con las piernas cruzadas, de perfil, el pelo largo sobre los hombros y la mirada fija, perdida en el libro, sin pasar página.

Tratando de sacar la cabeza entre el tumulto, embutido en el vaivén desacompasado del baile de los tardíos, la he visto a ratos, al fondo del compartimiento, en el mismo sitio de siempre, con las piernas cruzadas y la mirada fija en el libro cerrado. Acaso ya leído muchas veces.

Hoy he pensado en acercarme a ella, pero me ha resultado imposible moverme. Ni siquiera podría asegurar que llevaba su libro. El metro en hora punta. Dos estaciones y trasbordo. Solo pude volver la vista atrás desde el andén y ver difuso su perfil por el ventanal, orientado hacia la piña en la que me encontraba hace un instante, orientado e inmóvil, como si me buscara. Apenas fue un segundo o menos.

2

Parece que Pablo tuviera sueño atrasado. Sube todos los días de milagro y se acopla como sonámbulo, chocando con los demás pasajeros. Se me queda mirando embobado y hace como si no me reconociera. No sé si le compensa coger el metro para dos paradas cuando ya no hace frío, o se trata tan sólo de otra de sus rutinas inexplicables.

Pero qué digo, no es solo Pablo. Toda esta gente que baja y sube es la misma cada día y en cada estación. Va a los mismos sitios a desempeñar exactamente las mismas actividades a las mismas horas con los mismos compañeros y compañeras de trabajo, incluidas las de tomar café o la de no hacer nada; y, después, alguien, cualquiera de estos, se pone a colocar afiches por todos lados advirtiéndonos del deterioro de la salud mental. Y lo peor, estoy segura de que todos ellos piensan igual de mí.

En fin, un día lo mismo me meto en medio del mogollón y le sorprendo. Más o menos sé a qué altura le dejan hueco, como si lo tuviera concedido por un acuerdo extraño, y lo cercan ahí como si entre todos lo protegieran de algún peligro o pertenecieran a una suerte de club fanatizado que se enfrenta a diario a una prueba imposible.

3

Esta mañana no está. ¡Vaya!, parece que no soy yo el único al que le cuesta levantarse o quizá se encuentra mal y está enferma. No sé, qué tontería, pero el vagón me resulta muy raro sin ella y su perfil allí, indiferente, ajena a mi mirada, enredando y desenredándose el pelo, mientras se fija o disimula en la página del libro como abducida por lo que contiene.

También puede que haya cambiado de trabajo o de horario o de ambas cosas; o, simplemente, estará en otro vagón, ensimismada sin duda, leyendo o releendo entre la gente, aunque atenta al anuncio de su estación para bajar a tiempo.

Sí, se nota que hace las cosas con tiempo. Algo que a mí me cuesta mucho porque lo dejo todo para el final y me distraigo con cualquier chorrada y luego pasa lo que pasa...

-Perdone, ¿me permite?

4

-Claro, disculpe.

Desde luego, lo de este chico me parece digno de estudio. Se ha pasado todo el trayecto mirando fijamente el asiento que suelo ocupar. Me ha tenido aquí a su lado bamboleándose conmigo, masticando mi aliento y mi perfume, conteniendo en cada frenada mi cuerpo con el suyo como cuando hace años, en el instituto, compartíamos confidencias y nos consolábamos de nuestros desamores mutuamente, apurando, con la llorera, aquellos chupitos de un solo trago en el botellón de turno. Fuimos ese paño de lágrimas y alcohol.

Pensé que esta vez iba a decidirse, a dirigirme la palabra al menos. ¡Coño, Pablo, que ya no somos unos críos!

Con lo que me costó localizarlo, averiguar la hora y el vagón como otra más de sus múltiples manías, porque yo sé que ahora no va a ninguna parte y que trasborda sólo para dar un rodeo y esperar a que salga su madre, volver a casa y acostarse.

Creo que Pablo me gustaba ya desde la "guarde".

Anda que la pinta que debo llevar yo con este moño de choni en todo lo alto.